

Educación y preparación para la vida

Estamos asistiendo en España a un grave enfrentamiento sobre las formas de educación y la escuela, sobre los modos de formar y orientar las conductas de nuestros hijos; en definitiva, de configurar nuestra sociedad del futuro. Es la dialéctica escuela pública-escuela privada, que está tratando de imponer criterios, de conformar actitudes muy poco respetuosas con la libertad y la *garantía* educativa a la que todo ciudadano tiene derecho.

En esta confrontación se ha olvidado, por quienes tratan de imponer su razón desde el poder, que la verdadera cuestión a defender, si de verdad se tiene un sólido y firme espíritu democrático, es una auténtica y libre preparación para la vida. En España, más quizá en estos momentos que en ningún otro país de Europa occidental, se está produciendo un acelerado cambio social. Y es mucho lo que se juega si la orientación dada a la educación de nuestras futuras generaciones no es acertada. Ese es el verdadero motivo de la batalla política.

Debiera, sin embargo, pensarse que las perspectivas de la educación tienen que mirar hacia un objetivo cultural no inmediato, sino lejano, y que si las matemáticas, la geografía y los demás conocimientos hoy impartidos son necesarios e importantes, no significan todo

en un proceso educativo. Los educadores deben plantearse unos objetivos esenciales: de qué forma la enseñanza primaria puede contribuir al desarrollo de la personalidad del niño y de su necesario sentido de responsabilidad social; o cómo debe ayudar la escuela primaria a la consecución de las necesidades educativas, cada día más amplias y diversas. Porque los sistemas educativos se desenvuelven en un contexto económico y social, que los influyen notablemente, como también lo hacen otros impactos relevantes que van desde el progreso tecnológico —especialmente la informática— a la tendencia cada vez más amplia de la permeabilidad de la escuela a las influencias exteriores como consecuencia del creciente desarrollo del pluralismo cultural, entre otros factores.

Por supuesto, éstos no actúan aisladamente, sino que están íntimamente relacionados entre sí, lo que debe obligar a prestar una atención particular a los cambios que se producen en los jóvenes por la influencia de los medios de comunicación—especialmente la televisión—, la transformación en las relaciones familiares y el entorno social preponderante. De forma que en toda motivación educativa debe predominar aquello que refuerce sentimientos profundos —por encima y además

de los conocimientos técnicos— de solidaridad, respeto a los demás, tolerancia y civismo, que son todas imprescindibles virtudes democráticas.

Así lo ha entendido siempre —y merecería la pena que nuestros responsables educativos tomaran buena nota de sus orientaciones— un organismo especializado tan responsable y ajeno a partidismos como el Consejo de Cooperación Cultural del Consejo de Europa. Hace algo más de un año volvía a insistir en una serie de recomendaciones esenciales en una preparación para la vida, basadas en la idea de que una sociedad —la europea en este caso— dependerá en definitiva de que sus miembros sean capaces de inculcar y mantener esos valores democráticos a que antes me refería, de superar los conflictos con un espíritu abierto y de manera democrática, de dominar la explosión de la información y acoger con discernimiento los mensajes que vierten los *mass media* y la publicidad, de reconocer, salvaguardar y promover los valores humanos, la democracia y los derechos del hombre, hacer prueba de un sentido de pertenencia a Europa y de un sentido de solidaridad respecto al resto del mundo; en fin, de trabajar por la paz.

Y ello por entender que si bien la escuela no es la única fuente de educación, tiene más que nunca un papel vital que cumplir para ayudar a los jóvenes a convertirse en adultos autónomos y responsables. Muchos de nuestros jóvenes están hoy profundamente inquietos sobre su porvenir, su puesto en la sociedad y sus posibilidades en materia de formación profesional y de empleo. Por eso se recomienda que, teniendo en cuenta las diversidades regionales, sociales, económicas, culturales e individuales, los sistemas de edu-

cación ofrezcan realmente la posibilidad de adquirir los conocimientos, las aptitudes y las actitudes esenciales en materias clave que son estrechamente interdependientes, como la vida en una sociedad democrática, la vida personal y familiar, la vida profesional y la cultural. Todo lo cual implica los derechos del hombre y las libertades fundamentales, los derechos y deberes de los ciudadanos, la vida política y económica, los valores fundamentales y la toma de decisiones personales, la preparación para la vida profesional en una sociedad pluricultural, entendiendo el concepto de cultura en un sentido amplio.

Pero además la escuela debe cooperar con las demás instituciones sociales: la familia, la colectividad local, las instituciones políticas. Porque la preparación para la vida debe llevar a los jóvenes a participar en la adopción de decisiones y a dialogar con los responsables de su educación; a asumir responsabilidades para con ellos mismos, sus compañeros de clase o de colegio, su familia y su comunidad, y a practicar también formas de delegación y de representación.

Quizá sea hoy por hoy una utopía pensar que se debería garantizar a los jóvenes, al término de la escolaridad obligatoria, un empleo, una educación complementaria o una formación. Pero podría pensarse ya en trabajar seriamente sobre ello y garantizar, eso sí, la coherencia de una acción conjunta entre los distintos ministerios implicados. No creo que sea mucho pedir, para abrir realmente a los jóvenes una mínima esperanza de futuro, mientras asisten impotentes e impasibles a una pugna que tanto les concierne y a la que se sienten ajenos.

L. E. S.*

* Técnico de Información del Estado. Periodista.